

literata, en fin, Teresa González de Fanning, se ha dado á conocer con la colección de *Artículos, Novelas y Discursos* titulada *Lucecitas* (Madrid, 1893), que lleva un prólogo de Emilia Pardo Bazán (1), y en la que van incluídas algunas narraciones muy agradables, de estilo fácil y lenguaje castizo.

(1) No permite la brevedad de este estudio hablar en sección aparte de los autores de Bolivia, entre los cuales figuran Ricardo J. Bustamante, Daniel Calvo, Benjamín Blanco y algunos otros.



CHILE

CERTO predominio de la razón sobre la fantasía, del sentido práctico sobre las vertiginosas exaltaciones idealistas, parece constituir el carácter del pueblo chileno, y distinguirlo de todos los demás de la América española, manifestándose en el orden político por la menor frecuencia de los sacudimientos revolucionarios y por la estabilidad relativa de instituciones, leyes y gobiernos, y en el orden intelectual por la predilección á los estudios útiles, y especialmente al de la Historia: de modo que con la simple inducción, fundada en los datos bibliográficos relativos á esta República, basta para comprender que se ha cultivado allí menos el arte que la ciencia.

Ya desde el siglo xvi se advierte en las obras de casi todos los autores que nacieron ó residieron en Chile la subordinación del fin estético al didáctico, del sentimiento de la belleza al afán de la exactitud, sin que pueda exceptuarse en absoluto de la regla ni la misma *Araucana* de D. Alonso de Ercilla, porque, á pesar del extraordinario vigor de muchos pasajes y del indiscutible mérito del conjunto, domina en todo el poema una sobriedad de inventiva, tono y lenguaje,

que, cuando no merece el nombre de sencillez homérica y sublime, degenera, por lo común, en desmayada familiaridad. El cantor de *La Araucana* es, entre los épicos modernos, uno de los que han respetado más fielmente la realidad histórica y topográfica, de los que han puesto mayor empeño en no modificarla con adornos fantásticos y convencionales. La obra de Ercilla sirvió de pauta á otros cinco ingenios que aspiraron á ampliar ó continuar el asunto de aquélla en sendos cronicones rimados, desprovistos en su mayor parte de verdaderas cualidades artísticas, pues sólo pueden reconocerse algunas, y no de muy subidos quilates, en el *Arauco domado*, del chileno Pedro de Oña, que ocupa el primer lugar en la serie cronológica de los escritores de su país. Al licenciado Oña suceden algunos historiógrafos como los jesuitas Alonso de Ovalle (*Relación histórica del Reyno de Chile*), Miguel de Olivares y Juan Ignacio Molina, cultivador eminente de las ciencias naturales, desterrado á Italia en 1767 por el decreto de Carlos III, y autor de la *Historia geográfica, natural y civil de Chile*, publicada en 1779. En el siglo XVIII escribieron también obras del mismo carácter otros hijos del país, como D. Pedro de Córdoba y Figueroa y D. Vicente Carvallo y Goyeneche, no faltando antes ni después españoles que se dedicasen á la investigación de los sucesos ocurridos en aquel territorio desde los tiempos de Pedro de Valdivia.

Apenas hubo, en cambio, durante el período colonial más poetas chilenos de alguna importancia que Pedro de Oña y Francisco Núñez de Pineda, conocido por su curioso libro *Cautiverio feliz*; y aun la misma efervescencia de sentimientos, las mismas tempestuosas innovaciones que engendró la guerra separatista, iniciada en 1810 y que termina con las victorias de Chacabuco (1817) y Maipo (1818), no inflamaron el espíritu de ningún Olmedo, ni han dejado en pos de sí otras manifestaciones literarias que las de efímeras ho-

jas periodísticas, tales como *La Aurora de Chile* (1813), *El Monitor Araucano*, *El Correo Mercantil*, etc.

En 1820 se construyó un teatro por orden del general O'Higgins, pero con los fines estrictamente pedagógicos que indican estos detestables versos inscritos con letras de oro en el telón:

He aquí el espejo de virtud y vicio:
Miraos en él, y pronunciad el juicio (1).

Algunos prohombres de la revolución chilena intentaron convertir los espectáculos teatrales en escuela permanente de patriotismo catoniano y de virtudes cívicas, y de aquí se pasó á atacar al Clero y á la Religión con artificios más ó menos embozados. El fraile apóstata Camilo Henríquez, que había sido redactor de *La Aurora de Chile*, y que también ejerció de crítico literario, reprobaba *El sí de las niñas* como *bufonada inmoral*, y exponía en los términos siguientes lo que constituye el ideal de una buena tragedia: «La sublime majestad de Melpómene debe llenar la escena, inspirar odio á la tiranía y desplegar toda la dignidad republicana». Llevando á la práctica sus teorías, compuso dos piezas tituladas *La patriota de Sud-América* y *La inocencia en el asilo de las virtudes*; pero ni en los ensayos dramáticos de Henríquez, ni en ninguno de los que por entonces se representaban en Chile, ha de verse otra cosa, fuera de la intención docente, que las aberraciones de un arte rudo y embrionario.

Mucho ganó la cultura de Chile con la llegada del español D. José Joaquín de Mora (1828) y del venezolano D. Andrés Bello (1829), ambos dotados de grandes aptitudes para la educación de la juventud, y por cuyos esfuerzos comenzaron á florecer los estudios de

(1) Véase el curioso libro de D. Miguel Luis Amunátegui sobre *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, libro que analizó D. Juan Valera en una de sus *Cartas americanas*. (Primera serie, págs. 239-278.)

Humanidades, Filosofía y Derecho, y á depurarse el idioma castellano de los innumerables barbarismos con que se le afeaba, así en la conversación como en los escritos (1). A tan sabia y fecunda labor se opuso D. Domingo F. Sarmiento, periodista argentino, cuya ignorancia corría parejas con su vanidad, y que en *El Mercurio* de Valparaíso (1842) osó defender que la lengua de Cervantes era una lengua muerta para la civilización, atribuyendo al afán por conocerla y por imitar á los grandes autores que la cultivaron, el atraso intelectual de Chile.

Algunos jóvenes, de aquellos á quienes acusaba Sarmiento de tener *agarrotada la imaginación*, se agruparon para responder al ataque, fundando el *Semanario de Santiago* (1842), dirigido por José Victorino Lastarria (2), con la colaboración de Salvador Sanfuentes, Hermógenes de Irisarri, José Joaquín Vallejo, Manuel A. Tocornal, Antonio García Reyes, etc. A esta publicación, la primera de carácter literario que se conoció en la República, no tardaron en suceder otras semejantes, al par que se promovían certámenes y se inauguraba solemnemente la Universidad (17 de Septiembre de 1843), cuyo primer Rector fué el insigne Andrés Bello. En el teatro penetró el romanticismo á banderas desplegadas, representándose en 1841 el *Macías*, de Larra, y sucesivamente otros dramas, no menos audaces, de autores franceses y españoles: *Angelo, tirano de Padua*, de Víctor Hugo; *Teresa* y *Antony*, de Dumas, y *El Paje*, de García Gutiérrez; pero, escandalizada una parte del público,

(1) Además de Mora, hubo en Chile otros varios españoles beneméritos de la enseñanza y del progreso científico y literario, como D. Rafael Minvielle, el canónigo Puento y D. Andrés Antonio de Gorbea, discípulo de Gay-Lussac y sabio profesor de Física y Matemáticas.

(2) Discípulo de Bello y fundador de la *Sociedad Literaria*, donde había pronunciado un discurso en que abogaba por la autonomía intelectual de Chile, aunque no en términos tan radicales y absurdos como Sarmiento.

hubo de intervenir la Autoridad eclesiástica á fin de poner coto á los excesos que se cometían contra la religión y la moral, encubiertos por la sombra protectora de las libertades artísticas (1). Poco después suscitó agrias contiendas la publicación de *La Sociabilidad chilena* (1844), artículo reformista y heterodoxo de Francisco Bilbao, y en cuyo examen y condenación intervinieron los tribunales civiles, dando origen involuntariamente á la desmedida celebridad del autor, á quien trataron de convertir sus panegiristas en mártir de la justicia y filósofo profundo (2).

El movimiento intelectual, cuyas primeras manifestaciones quedan descritas, se acomodó á las tendencias del pueblo que cifraba en él las esperanzas de su regeneración. Por eso hubo de producir más copiosa y estimable cosecha de trabajos doctrinales y eruditos que de creaciones exclusivamente inspiradas en el amor de la belleza; por eso la República de Chile, desde los tiempos del romanticismo hasta hoy, excede á casi todas las hispano-americanas en el cultivo del género didáctico, pero no ha tenido poetas comparables con algunos de México, Venezuela, Colombia, Ecuador, etc.

Me creo dispensado de citar y disecar muchas composiciones en prosa rimada, desprovistas de gusto, de sentimiento y hasta de corrección métrica y gramatical, y sólo nombraré rápidamente á aquellos autores á quienes, por razones de justicia ó puramente circunstanciales, se debe reconocer cierto mérito relativo. Así, Doña Mercedes Marín del Solar (1810-1866) poseyó desde luego el de la prioridad cronológica, y ha

(1) También se pusieron en escena algunas obras dramáticas originales de autores nacidos ó residentes en Chile, como *Los amores del poeta*, de D. Carlos Bello, y el *Ernesto*, del español D. Rafael Minvielle.

(2) No hace mucho que se añadieron á estos conatos los de glorificación póstuma, recrudeciéndose así la lucha entre los adversarios y los admiradores de Bilbao.

dejado en sus cantos religiosos, políticos y sentimentales, rastros de una inspiración flexible, á la que faltaron condiciones propicias para desplegar su vuelo. En las obras de Salvador Sanfuentes (1817-1860) son de notar la exuberancia imaginativa y la fecundidad inagotable, derramadas á manera de turbio y caudaloso río por los campos de la poesía legendaria: á este género pertenecen, con ligeras variaciones de tono y asunto, *El Campanario*, *El Bandido*, *Ricardo y Lucía ó la destrucción de la Imperial*, *La Laguna de Rancho* y *Huantemagüí*, prolijos y desiguales relatos, tejidos de aventuras espeluznantes, cuyo efecto va templado á veces por la introducción del elemento cómico. Hermógenes de Irisarri se dió á conocer con sus medianas traducciones en verso de Víctor Hugo, A. de Musset, Alfredo de Vigny, A. Dumas y Silvio Pellico, con el poema satírico *La Charla*, imitado del italiano, y con algunos trabajos históricos en prosa. D. Domingo Arteaga Alemparte (1835-1880) interpretó en versos castellanos el primer libro de la *Eneida*, y trabajó activamente por la restauración de los estudios clásicos en la enseñanza oficial.

Los poetas chilenos que viven actualmente, son: D. Eusebio Lillo, á quien se debe la *Nueva canción nacional*, escrita por honroso encargo del Gobierno, y menos afortunada que otras composiciones del autor; D. Guillermo Blest Gana, en cuyos versos predomina el sentimentalismo, llevado con frecuencia hasta la exageración, y que también ha compuesto algunas novelas y los dramas *Lorenzo García* y *La Conjunción de Almagro*; D. Guillermo Matta, aficionado al simbolismo nebuloso y transcendental de sabor panteísta; D. Eduardo de la Barra, que si, imitando á Bécquer, no supo asimilarse la delicadeza exquisita del original, demostró en sus fábulas, y en los que titula *micro-poemas*, una inventiva fecunda, aunque desairada por los tropiezos rítmicos y las incorrecciones de

lenguaje, cosa bien extraña en quien ha publicado extensos y eruditos *Estudios sobre la versificación castellana* (1), conoce detalladamente la historia de nuestro idioma nacional y tiene el propósito de restaurar sus monumentos primitivos, desde el *Poema del Cid* hasta los *Cantares* del Arcipreste de Hita; D. Carlos Walker y Martínez, vigoroso tribuno y periodista, acreditado biógrafo del ministro Diego Portales, y en cuyos *Romances americanos* se leen algunas muestras agradables del género narrativo; los presbíteros Don Esteban Muñoz Donoso y D. Rodolfo Vergara y Antúnez, autor aquél de *La Colombiada*, y éste de un volumen de poesías recientemente impreso (1894), etc., etcétera.

Como articulista de costumbres, con dejo satírico imitado de Larra, alcanzó en su tiempo gran reputación D. José Joaquín Vallejo (1809-1858), que firmaba con el pseudónimo *Jotabeche*.

Entre los autores que han cultivado la novela, pocos y de escaso mérito en general, descuella principalmente D. Alberto Blest Gana, cuyas obras más celebradas son *Martín Rivas* y *El ideal de un calavera*.

El estudio de la historia patria va dando de sí tal contingente de producciones, que casi no hay en ella suceso por explorar hasta en sus mínimas circunstancias, ni personaje de alguna significación cuya vida no esté difusamente analizada en extensos volúmenes. Este insaciable anhelo de investigación, divorciado muchas veces del gusto estético, sirve para hacinar materiales que no han recibido la organización más rudimentaria, ó quizá indebidamente exhumados del polvo donde siempre debieron quedar ocultos. Sería injusto, sin embargo, comprender por igual en una misma censura á todos los historiadores chilenos, pues

(1) Santiago de Chile, 1890.— *Nuevos estudios sobre versificación castellana*, Santiago, 1892.

los hay dotados de mucho saber y notable sagacidad crítica, aunque nada celosos de realzar lo útil con lo ameno, ni de guardar las leyes de sobria y justa relación entre la importancia del asunto y las dimensiones del relato, que á menudo resultan exorbitantes y enojosas.

Uno de los autores que iniciaron en Chile el renacimiento de las ciencias históricas fué D. José Victorino Lastarria (1817-1888), ingenio culto y penetrante, extraviado por las teorías de un positivismo fatalista y sectario, y que escribió, entre otras obras, las tituladas *Historia constitucional de medio siglo*, *Influencia social de la conquista*, *Bosquejo histórico de la Constitución de Chile* y *Recuerdos literarios*.

Don Miguel Luis de Amunátegui (1828-1888) publicó ya en 1852 un estudio sobre *La Reconquista española* (de 1814 á 1817), al que siguieron: *La dictadura de O'Higgins*, *Una conspiración en 1780*, *Biografías americanas*, *Compendio de Historia política y eclesiástica de Chile*, *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*, *Los Precursores de la Independencia*, *Descubrimiento y conquista de Chile*, *Historia de la Universidad de San Felipe*, *Vida de Don Andrés Bello*, *Don José Joaquín de Mora*, *apuntes biográficos*, *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, etc. (1).

Excedió en fecundidad á Amunátegui, y compite en este punto con los más famosos polígrafos, D. Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886), de cuya infatigable pluma brotaron *El Sitio de Chillán*, su primer libro, impreso en 1849; *El ostracismo de los Carreras*, *Diego de Almagro*, *Don Diego Portales*, *El ostracismo de O'Higgins*, *Historia de la administración de Don Manuel Montt*, *Historia de la guerra de Chile con España*, y otras muchas producciones que sería largo catalogar.

(1) En varias de estas obras colaboró con D. Miguel Luis su hermano D. Gregorio de Amunátegui.

No tan numerosas, pero más meditadas, son las del actual Rector de la Universidad de Santiago D. Diego Barros Arana, sobre todo la *Historia general de Chile*, en diez volúmenes, que agota la materia.

Como bibliófilo y erudito se distingue D. José Toribio Medina, autor de una completa *Historia de la literatura colonial de Chile* y de varias y muy interesantes monografías. También debe mencionarse al filólogo D. Daniel Barros Grez, que redacta hace años un *Diccionario enciclopédico etimológico*; á los periodistas Manuel Blanco Cuartín (1822-1889) y Zorobabel Rodríguez, autor del *Diccionario de chilenismos*, y al crítico Rómulo Mandiola.

Haré notar, por remate de esta sumarisima reseña, la participación que ha tomado el Clero, desde principios del siglo XIX hasta nuestros días, en el progreso intelectual de Chile, y de la que son testimonio los libros de D. José I. V. Eyzaguirre (*El Catolicismo en presencia de sus disidentes*.—*Los intereses católicos en América*); de los Obispos D. José Hipólito Salas y D. Justo Donoso (*Instituciones de Derecho canónico-americano*, etcetera); de los dominicos Fr. Samuel Zamorano y Fr. Raimundo Errázuriz, y del presbítero D. Rafael Fernández Concha (*Teología mística*, *Filosofía del Derecho*, etc.)



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFORSO REYES"
Año. 1925 MONTEZUMÉ, MÉXICO